

Francisco Segovia
Cala de poemas

Voz Viva de México
VV 154

Francisco Segovia (Ciudad de México, 1958). Poeta, ensayista, traductor y lexicógrafo, investigador del Diccionario del Español de México en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Entre su obra publicada se encuentra Jorge Cuesta: Canto a un dios mineral —edición crítica del poema en formato digital—, Baladro (Ediciones Sin Nombre, 2012), Aire común. Poesía reunida 1994-2011 (Conaculta, 2015) y Agua (Taller Martín Pescador, 2014).

CONTENIDO

1. Presentación a cargo de Jose María Espinasa.

Parte 1: Bosque

2. Doblaje de la escena
3. Dibujo a la luz de la luna
4. Lejanía
5. Promesa
6. Madurez
7. Amor eterno
8. Ámbito
9. Palabras
10. El viento y el álamo
11. Ahí donde duermes
12. Traza
13. Arqueología

Parte 2: La cima

14. La cima (fragmentos)

Parte 3: Sequía

15. Otoño
16. Tardor

17. Si no te viene a cuento ...

18. Duérmela
19. Sed
20. Espuma de ola
21. Boca

Parte 4: Elegía

22. En el atrio
23. Ofrenda (fragmentos)

Parte 5: Historias y leyendas

24. Eurínome
25. El alción
26. Gregorio y Trajano
27. La peste
28. La pesadilla
29. El alquimista
30. Últimos pensamientos

Parte 1: Bosque

DOBLAJE DE LA ESCENA

He mirado la luz en el aire
de esta tarde, cómo urde el mismo
enjambre de brillos
en la devanada frente de los edificios y
cómo el agua
de aquel río se alumbraba por dentro y
cómo parpadea:
panal de espejos...

He mirado esta luz en el aire
de otras tardes, en otra ciudad
menos vulnerable, abandonada en el
desierto
como un trozo de vidrio:
enjambre de brillos
panal de espejos...

Como un laurel de la India
contra la vasta neutralidad del
cielo...

He visto la carne de una muchacha
oscura
encenderse por dentro y sé que el mismo
entusiasmo
inquieta ahora las frondas de los fresnos
y desata una profunda sombra...

Aquí, donde antes respiraba un
dios...

Hálito de las hojas,
como un bálsamo para la herida del
tiempo y el oscuro
entusiasmo de la carne...

He sentido un niño, una magra
muchacha, un fresno
moverse en la espesura de esta sombra
de aire... Soy el que fui
en este cuerpo que será, tal vez,
juzgado.

DIBUJO A LA LUZ DE LA LUNA

El fresno estuvo todo el día echado al
aire,
dejando deshilarse las orlas de su orilla,
como si no tuviera borde su ámbito
mundano.

—En mitad de la luz,
como un géiser que suelta su brisa al
viento...

Pero ahora, en esta densa luz azul,
cierra sus rendijas y aprieta su contorno
como una sombra sólida.
Parece —como todo— más pequeño y
más distante
en la miniatura de mundo que dibuja la
noche.

Ya no vacila al aire en este mismo jardín
que la claridad lunar saca del tiempo:
se hinca en tierra, vertical, y se está
quieto,
como el árbol sustancial del arquetipo.

Tú y yo volvemos a mirar, a la distancia,
su limpia afirmación nocturna.
Y no nos acercamos a palpar con manos
ciegas
lo que mañana mostrará a la luz del día
—recovecos y ranuras que se hacen y
deshacen
al vuelo, como la borrosa lluvia—,
porque acaso en su encogida soledad
nocturna
vemos que es árbol verdadero porque
sabe
quedarse quieto y posar para este
instante
en el que tú y yo también posamos.

LEJANÍA

No nos hemos puesto a mirar al alba
desde la casa el horizonte
por refugiarnos aquí
de la violencia de su vértigo
sino por darle a la vaga lejanía
un lugar donde haga pie.

Pues si invocamos el abismo esta
mañana
es sólo porque él a su vez nos ha
invocado...

Y entonces comienza el alba...

Incorpóreo aún aún en su horizonte
distráido todavía de su propia
vigilancia
entra poco a poco a nuestra luz
el antiguo volcán Popocatepetl
y echa raíces otra vez
en nuestro mismo suelo...

PROMESA

¿Qué te ha hecho cerrar los ojos
tumbada en la humedad
del musgo y la hojarasca
sabiendo que te miro a todas luces
como una sombra —a la vez tendido
y levantado— sobre el humus?

Cierras los ojos y te dejas abrazar
—no por el bosque y su robusta
presencia inobjetable
sino por todo lo que en él queda
incumplido
y se asienta entre nosotros
como una nostalgia y a la vez una
promesa.

¿Es eso entonces hoy lo que te mueve
a cerrar los ojos y tender los brazos
mientras apartas entre sí las dos
rodillas?

MADUREZ

La madurez lo es todo
—Shakespeare

Las manos en las manos
los muslos en la pulpa de los muslos
los dientes en los labios
hiriéndolos...

Después de todo en todo esto no
buscamos
la prístina salud de los comienzos
sino la dulce sanación
de lo maduro y magullado.

AMOR ETERNO

No hay Dios entre nosotros
pero cada mañana descubrimos
revueltas en las sábanas
algunas plumas blancas
de sus mensajeros.

Nuestra fe se yergue entonces inocente
sobre esos restos: No hay Dios
pero acaso en sueños escuchamos cada
noche
la voz de aquel ángel
que acuchillamos juntos cada noche.

Así se yergue nuestra fe saciada.
Anoche nos amamos. No. No hay Dios
pero sus mensajeros no dejan de llegar
a morir en nuestro lecho.

ÁMBITO

Como el altivo laurel de la India
que quiere abrazar entre sus ramas
la tarde en torno que lo abraza
así también yo me resigno
a no tenerte nunca entera para mí
mientras me tengo entero en ti.

PALABRAS

Qué desbalagadas eran mis palabras
como cabras sueltas en un peñón reseco
antes de que tú plantaras entre ellas
tu bordón de luz.

Hoy todas llevan en el iris un reflejo de
agua
y trepan a su peña como si supieran
—y están siempre a punto de saberlo—
que son naturaleza simplemente
porque viven hechizadas...

Con qué facilidad se reúnen hoy en su
rebaño
a la orilla del acantilado. Y presienten
quizá
quizá adivinan su fidelidad y su
obediencia
al infinito...

Como él también ellas van hacia su fin
a la hondura para siempre intacta del
abismo
a donde sin embargo siempre todo va
a cumplirse...

EL VIENTO Y EL ÁLAMO

A Luisa

1.
Por sentir el temblor de cada hoja
el viento se remansa alrededor del álamo
y pone un nimbo en la tibieza de su
fronda,
una cúpula imantada, el ámbito de un
roce
—pero nunca un roce...

En su atento corazón nada se mueve:
en el aire quieto todo está quieto.

2.
Esta tarde, en este jardín,
¡qué sed de animalidad le ha entrado al
viento!
Se echa al pie del álamo y quizá
consentiría
que alguien le rozara el impasible lomo.

A su lado sin embargo todo se inquieta
como una manada de lobos que vigila a
la distancia,
a media estepa, cómo beben sus
lobeznos en el río...

3.
¡Qué sed de animalidad! ¡De mundo
de machos y hembras y generaciones!
De abrazar al fin esa muda intimidad
como a una cría
que nadie acaba nunca de tener
cabalmente entre sus brazos.

4.
Por dejarse tocar al pie del álamo,
el viento se hace aire entre los dedos.

AHÍ DONDE DUERMES

Ahí donde duermes
es siempre un lugar sagrado,
prohibido aun
para quien en su propio sueño
sueña a solas contigo...

Ahí donde duermes
todo mira brotar aquí
el borbotón de su río subterráneo.

Ahí donde duermes
el tiempo aprende
a qué ritmo es tiempo
también para sí mismo
y el aire vuelve
a palparse el cuerpo a brazos llenos.

Ahí donde duermes
todo vuelve a su elemento y reconoce
que es deleitable porque se entibia
y porque muere.

Ahí donde duermes...

Y todo —árboles, piedras, hombre...—
se entrega devotamente a ese delirio
de rozar siquiera en sueños
no tu carne: tu encarnación.

TRAZA

Leños quemados, restos de unas brasas.
¿Hubo otros antes, pues, que se perdieron?

En las cenizas de un antiguo fuego
encendemos tú y yo nuestra fogata.

ARQUEOLOGÍA

Vino la marea
con su aluvión de cosas
y al retirarse nos dejó
estos viejos tepalcates
que el sol ha resecado...

Pero ¡qué cosas no formadas
habrá arrastrado su resaca
de vuelta a lo profundo! ¶

Parte 2 : La cima (Fragmentos)

A Pepita

Encima, abajo, con tamaño altura
—César Vallejo

subía yo
como sube el nivel del agua poco a poco
subía suspenso
sin sentirlo a flor de superficie a ras de
tierra
como llevado en la punta roma del
mercurio
por el gradiente de un termómetro subía
a la cumbre
“adonde me esperaba / quien yo bien me
sabía” ...

□
subía a mirar —en las raíces— ascuas
donde el viento aviva
la verde llamarada de cedros casuarinas
y cipreses y aquel cielo
—más que limpio— al rojo blanco tras los
cirros en jirones yo subía
a ver en lo hondo la hondonada de aquel
apenas valle

—un cuenco nada más una escudilla—
en donde el viento se paraba
a tomar un poco de aire ...

□
subía a rozar la carne de los hongos con
mi carne
y la piel delgada de las hojas con la
corteza
de mis yemas y nudillos y labios
estragados

como si todo al rozarlo fuera a hablar ...

□
subía dejándome llevar de las alturas
como un globo de Cantoya suavemente
hasta la cima
no para mirar de arriba abajo lo de abajo
sino por ver cómo a veces se tiende el
horizonte
por debajo del nivel del horizonte y ver
el espacio derramándose en el delta de
aquel valle
y el sol poniéndose allá abajo

¡tan abajo! ...

□
subía yo a la cima
como suben las laderas los incendios
“a se acabar e consumir”

como sube el fuego a las alturas
porque sí
por nada
porque es ...

subía sin más fin que arder ...

□
pero llegaba ya sin aire

la altura iba menguando ansias y
ardimientos
para que acompasara yo el resuello y
mirando abajo viera
cómo arden en el bosque los árboles
despacio
y abajo en la ciudad los cuerpos arden

con una morosa combustión
que acepta fundir dos flamas en una sola
...

□
de lo más hondo subía entonces
—como subía yo por esa falda
salvajemente— la tierra misma
como una savia exaltada que no quiere
sino el lujo de alzarse soberana a las
alturas
y reventar ahí en un hongo un árbol una
mata
una fiera llamarada que se arranca de su
tallo y salta
y cunde y todo lo va incendiando
ciegamente
libre ya de la antigua servidumbre de ser
quien era entre los hombres ...

□
borbotón de tierra que manaba
lentamente
—lo mismo que una mínima semilla
la brizna de un helecho o toda una
araucaria
lo mismo que un enorme pedregal hirsuto
un húmedo terrón o una piedra arisca y
solitaria—
hasta cubrir su propia fuente inundándola
anegándola
y al cabo remansarse en un estanque de
magma vegetal
de tierra vieja recién nacida ...

el bosque olía entonces a hojas
machacadas
a sangre a menstuo y a fermento
como si todo allí estuviese en trance
de pudrirse o florecer como si todo
se cerniera sobre un tiempo indeciso
sin saber si dar un paso hacia adelante o
hacia atrás
—que el destino queda siempre a sólo un
paso—
hacia el cielo o la tierra
hacia la fronda de arriba o la de abajo ...

□
más que subir me hundía ...

mundo de hadas y de trasgos ese
bosque
de lamias y lémures y larvas
de ánimas que no amanecen y de
espectros
donde la luz no es luz sino la sombra de
la luz
el halo iridiscente de una turbera larga
de una tripa que digiere en su lenta
combustión
el duramen la corteza y luego
la tierna pulpa de los cuerpos
consistentes ...

cueva de piedras afiladas ese bosque
digestivo
que en su muela de molino machaca
agrama y deshebra
las fibras de los tallos y los granos de las
piedras ...

mundo de espesas pulpas
de moho y musgo y ácidos amargos
esa sombra siempre en trance
de digerirse a sí misma y consumirse
hasta quedar en los puros huesos
y el polvo humedecido de esos huesos
...

□
subía y al subir
algo dentro de mí caía de muy alto
—desde más allá de los siete
firmamentos
venía cayendo— hasta quebrarse en mi
fondo
como un vaso que se rompe contra el
suelo
y hace trizas con el vidrio el agua que
llevaba
y astillas la sed que esa agua saciaría
si agua y sed no se quebraran a su vez
si no fueran tan sólo esquirlas
dispersadas
desde un centro ya vacío ya vacante
como el mundo mundo que arrancó
cuando todo fue arrancado de su centro
...

□

pero era justo eso —esa intimidad
desierta
hecha de la misma soledad en que
nacemos y morimos—
ese último pudor de quien está a punto
de entregar
—con su desnudez y su pudor— su
fundamento
y dejar inerte en otras manos su vida y
su muerte juntas

justo eso lo que de mí subía hasta el
fondo de la gruta
“adonde yo bien me sabía / quién me
esperaba” ...

□

así llegaba al fondo a tamaña altura
con apenas el oído suficiente para oír
aquel murmullo del bosque
como un vaivén una marea
que iba y venía al ritmo
con que ella respiraba ...

¿qué decía ese susurro
si es que en él había palabras? ...

iba y venía su aliento
como la suave brisa que nace
del meneo de las hojas ...

□

¡oh brisa que susurra entre las hojas!
¡oh dicha del aire fresco
que exhala la boca de la cueva
y resplandor que asoma de su fondo!
¡gozo de esa radiación que envuelve al
hoyo negro!
¡oh flama que brota del carbón de su
pabito
y exultación de cada hueso en el fulgor
del fuego fatuo! ...

¡oh brisa que murmura algo
no sé qué arriba entre las hojas! ...

□

altura de árboles de pie de hoy de un
mundo
que el bien ha levantado que el sol alzó

de la tierra y el barro en que reptaban ...

altura de árboles
de un mundo enaltecido ...

el algarrobo —dicen los indios del Perú—
era una mera mata rala y rastrera
cuando el mal no había sido derrotado
todavía
cuando campeaba el mal sobre la tierra
y entonces arrastrándose en la tierra el
algarrobo
se le enredó en los pies puso un
cabestro en sus talones
y le estorbó los pasos y entonces
Dios triunfó sobre la negra noche
el Sol triunfó sobre la negra noche
despejó la distancia y esparció su luz y
entonces
irguió en el aire al algarrobo lo quitó del
hambre
de comer las cosas pútridas diciéndole
que sólo de esa luz se mantendría —sólo
de luz—

y lo puso en los cerros de los Andes
y lo hizo matriz y madre de los hombres y
mujeres
de lo humano ...

altura de árboles de esa alta cima
levantados donde ella me esperaba ...

“¡Oh pura elevación!”
donde sube a las alturas el abismo ...

Parte 3: Sequía

OTOÑO

Otoño ya. —¿Quién se ha muerto? —
preguntaba la vecina
con la taza de café humeando entre sus
manos todavía
—(el humo como el polvo hallando su
camino
en el rayo de luz que filtra una
ventana)—, los nudillos

rozando apenas la zona iluminada,
apenas más rosados
que el resto de la mano. —Y a ti
¿cómo no se te hizo eterna a ti
la escalera de ese piso que acabas de
bajar
como si nada?

Otoño de calles largas en un aire
cristalino
que no emborriona —como el aire del
verano—
el punto final donde al final se tocan
las líneas paralelas. Otoño nítido como el
agua fría
donde los puentes de fierro son de fierro
sólido
y la sombra traza a cuchillo su frontera
con la luz.

¿Qué hacíamos entonces ahí
madre, hija mía, el día de muertos
bajo aquel eclipse, antes y después
—pero ya para siempre entonces...
mientras en esa ciudad el mundo
esperaba a sus héroes, cuándo
hacíamos qué, entonces?

La vecina —una mujer oscura en el
umbral, hundida
en la sombra, rozando apenas con la
mano las agujas
de una luz despiadada de tan viva
tan desnuda y vacía y casi obscena—
encogió el brazo y sus nudillos volvieron
a la sombra.
—¿Quién se ha muerto —preguntaba
y el humo del café perdía su rumbo
ciego en la negrura.

TARDOR

Para Juan Carlos M.

¿Por qué no se seca la manzana en el
manzano
la manzana magra enjuta flaca
la manzana-dátil tejocote
(la piel pegada al hueso)? ¿Por qué no
cae
sin gravedad dando vueltas en el aire

como las hojas del sicómoro en otoño?

¿Por qué se pudre a solas
la manzana en la humedad
de una cama de hojas en los charcos
los hoyancos echada en tierra
sin consuelo? ¿Qué gracia no le cumple
su refinamiento vegetal? Golpea
duramente el suelo Nadie
le echa tierra encima Nadie le dice
“blanda te sea”
y no le es blando el aire como a las
hojas del sicómoro
¿Por qué no se seca la manzana en su
manzano?

SI NO TE VIENE A CUENTO...

Si no te viene a cuento, ni lo intentes,
por más que se te dé gratuitamente, con
la ética
dativa y remilgosa con que se da por fin
todo eso
que finalmente se te da;
que no haga bulto bajo la piel de tus
palabras,
que no se asome... —se le verían los
dedos diminutos
sobre la línea de la barda y tú,
alegremente lenguaraz
en la doctrina desdichada, deslenguado,
correrías sin tropiezos a pisárselos...

Nomás porque hay dicha en ver la
gravedad
y su empujón rotundo,
no vayas a creer que no pisas con pie
firme...

Si se te viene a mientes, si porque sí
se te pone en la punta de la lengua,
a flor de labios, suavemente, como el
roce del alba
sobre la avergonzada luz de los faroles,
no lo dejes ronronear en paz sobre la
felpa,
no le busques el dejo a cosa ya sabida y
saboreada,
no lo masculles mucho, no lo tararees:
mejor póntelo entredientes

y deja que él mismo se eche a lomos esa
trampa:
porque si grita, escucharás
el destempaldo diapasón que cimbran
pensamientos y transpensamientos.

Pero si el mismo borbotón te sabe a
nada,
no silbes, no cantes; ni lo pienses:
todo se rinde al fin y al cabo.

DUÉRMELA ...

Duérmela, vélala, no la dejes
despertar. Si te asusta su tibieza,
acércale la cara y mira
si su vaho te empaña la mirada.
Métele en la boca un pedazo de esa
estopa
que empapas en tu boca y déjalo
que se hinche allí, como el pan
con levadura, que es mudo y no repite
y se guarda los murmullos. Mírala
de frente y en la frente, desde arriba.
No la dejes otra vez
volverse por la espalda, por donde ha
venido,
darte otra vez su rostro chato.
Que se quede allí. Que no vuelva.
Usa el cedazo de tu fuerza y ciérnele con
él,
sobre la cara, la tierra que puedas
levantar,
por si se despierta. Para que no cave
más hondo. No la entierres bocabajo.

SED

... y hallar el agua clara —o el trago
decisivo— que adelgace
el denso aluvión de esta saliva donde se
ahoga
la lengua —más sepulta que anegada—;
una frescura
que ponga otra vez
en el azolvado paladar (y en las tensas
nervaduras de su bóveda)
el dejo de las cosas que masculló la
infancia

y ahora saben rancio, arrebatadas
como el fruto que se pudre todavía
prendido de su rama...

que por su ojalá vuelva a cada olor su
olor,
su antigua levadura al pan —seco en la
boca
del horno, embozado todavía
en el alba en polvo de su harina—;
su amargura al fermento con que la
cerveza limpia
a la boca de su sed, y al azar su ruido —
ese silbido
de agua que se agita en el hervor de la
tetera
deshilándose...

que mane otra vez aquella luz que
aparecía
—con la violencia de lo que es
inmotivado, jubilosa
de encarnar ahí— en el aire de un
mundo
a la vez más ordenado y más salvaje

y sane en su tizne la quemazón del leño
y se restañe
la negra quemadura de la sal porque la
savia
vuelva a dar su bálsamo —más ligero,
más
que el agua simple— por aliviar la sed
de esos pedruscos calcinados
que rompe y multiplica cada día al
mediodía
el sol sobre la tierra...
y el bostezo negro del abismo
se trague al fin las piedras que le lanzan
y pueda al cabo irse al fondo todo
lo que siempre se ha ido al fondo

que el cuerpo del ahogado no desgarre
para siempre el agua
como la punta del ala
que un día rasgó el oceano;
que sea sólo un breve escalofrío
sobre la piel del lago y no rompa sin
remedio
el hechizo que mantiene al agua con el
agua

y todas las aguas juntas como labios
que guardan un secreto;
que se cierre en fin al fin su bocanada de
agua
en el agua —como la hamaca que se
abre
para recibir un cuerpo y se cierra luego
sobre el centro de su peso—

que acerque entre sí sus bordes y deje a
las orillas
ensanchar su comarca casi seca;
que se concentre la apretada gota
en que se vierte el lago otra vez sobre sí
mismo
como un peso muerto...

—Ah, la gota de agua
buceándose en el agua...

que dicho en plata no somos
sino mar precipitado en un mar oscuro,
plomo
de una plomada visceral que cae
como está cayendo el sol eternamente
en el abismo de su propio peso, puntual
como el punto que cae siempre
en el centro de su círculo...

en este mar sin fondo donde no hay
sino irse al fondo como las piedras en el
agua
y los cometas en el éter empujando
en su caída ciegamente un pliegue
de éter o agua; como una piedra que a
todo opone
la inercia de lo inerte y se resiste
al movimiento sin ver que a sus espaldas
sin embargo todo
se “mueve, esparce y desordena” ya
vencido
como una cabellera...

que el tiempo mire atrás y mire en su
espejo
—de éter o agua— su rostro de tiempo
que no cambia con el tiempo y reconozca
al fin
cómo se echa a su pesar a las espaldas
su tambache de tiempo —que se agita
como un niño

en el costal del robachicos— el montón
de piedras
que arrojam a sus pies en seña de
inocencia...

que se trague esas piedras por dios
y halle —si no el reposo— el centro
de gravedad desde el que orbita,
el horizonte “do mana el agua clara”
—más sabrosa que aquello que se
muere—;

que halle en fin el trago decisivo que
adalgace
el denso aluvión de su saliva...

ESPUMA DE OLA

El mar extiende suavemente en la arena
de la orilla
—como quien acuesta en su lecho a un
niño enfermo—
las guirnalas de sal que antes tuvo en
su regazo.

Así pongo yo también piadosamente
los labios escaldados sobre tu piel de
alumbre.

BOCA

La desbocada boca hocico de un perro
La boca jeta del chango
El pico del pato que criba su lodo
La boca pan la boca manzana
La boca flor mondada tonel duramen
La boca del amor pero trocándose
en la del jabalí hembra hecha de
hambre
La solitaria boca en la ventosa
La boca virus vampiro chupamirto
La desbocada boca virgen
La boca horno
puerta del infierno
diosa emputecida
La boca ojo en la navaja
vasija de barro encebollada
La bocarriba bocabajo
La boca vulva la bruja y su lengüita

El aguaboca del deseo y de la asfixia
La boca de sombra remolino
Maelstrom
La boca encendida de la sal
La boca seca la boca hiel
La impaciencia boca descosida
trampa de venados
La boca hija madre pulpa
entusiasmada
La desquiciada boca boca brutal
acomodada
sorbiéndose la sangre de los labios.

Parte 4 : Elegía

EN EL ATRIO

(Elegía por Juan Carvajal)

*Sólo el silencio es
grande
—Alfred de Vigny*

1.
En el atrio otra vez todos
otra vez se han tapado los oídos.
Reventan los cohetes allá arriba...

Y tú ¿qué ibas a decir ahora tú? ¿Eh?
¿Algo que atronara también
el valle de los tlahuicas
o se quedara retumbando
en el pecho de Montealbán?
Un circunloquio quizá
—de lo más propio—
sobre el redondo templo
de Apolo en Delfos...
En Delfos... Pero ¿aquí?...

Aquí, en la iglesia, y más allá, en la plaza
todos se han tapado los oídos. Nadie
quiere oír
el tableteo de los cohetes en el frontón
del cielo
ni la terrible perorata que murmura
en el atrio el pordiosero
—en el atrio: nunca en el altar...

2.
En el ovillo de sus telas

—como una araña mustia y recomida—
el pordiosero hila cuentas, abalorios,
bisutería de una fe sin consagrar,
y en el tartamudo fulgor de su propia
cohetería
masculla cosas... un trozo de pan,
injurias, el Evangelio
de una iglesia cimarrona.

Nadie lo escucha:
Tiresias tirado a Lucas
—no a Tiresias...

3.
La iglesia moja en el mismo vino todos
los panes;
en todos ve la misma masa... Y, así,
hasta la tortilla es pan. ¿Cómo entonces
oír a Tiresias en Tiresias —no en Lucas
o Marcos o los otros?... ¿Y cómo no oír
cómo se calla Tiresias
en los cuatro Evangelios?
¿Cómo no ver que para todos
esta fiesta es cosa de ver y no escuchar
y sin embargo ver cabalmente lo que no
se escucha?

En el atrio de la iglesia
todos se tapan los oídos
para no quedarse sordos.

4.
El silencio retumba en el pecho
como un trueno que no oyen los oídos.
Sí. "Sólo el silencio es grande".
Y ahí, en su ámbito, los dioses viven
—como los mares y los bosques—
de comerse a manos llenas a sí mismos:
Dios Hijo es pan en la mesa de Dios
Padre,
por Baco despedazan a Baco las
bacantes
y la Fe se roe las rodillas...

Pero el mendigo ablanda
en la boca largamente
la masa de un mendrugo
que no está hecho de su carne...

5.
Bien hayan allá los dioses en lo alto,
devorándose, hartándose de sí, ahitos
hasta reventar
“en su radiante atmósfera de luces”
(¡Los cohetes, Juan, los cuetes!)

que si acá abajo el silencio es grande
es sólo para dejarnos comer en paz
dioses o cosas...

(Cosas odiosas —si tú quieres—
desalmadas,
pero cosas al cabo —o dioses—
que no son
lo que tú y yo)
que no son como nosotros.

6.
Silencio para comer en silencio.

Silencio para hacer
oídos sordos al silencio de los dioses.

¡Y la retahíla de los cohetes
muda allá arriba!

7.
En el atrio otra vez todos otra vez
se han tapado los oídos.
Pero tú además
por una vez cumplidamente
cierras también la boca.

¿Como el mendigo mascas dioses —
comes pan—
ablandas en silencio con la lengua ese
silencio
que habrá de rondarnos sin que nos
demos cuenta?

Porque hasta eso, eso que no se oye
se queda rondando en el pabellón de la
oreja
redondeándose...

8.
—“Pero usted shhh”... ¿Eh? “Usted shhh”
—murmurabas
pidiéndonos silencio en el oído, no en la
boca.
Silencio en el molde de la oreja, ahí

en el laberinto de lo que oye...
—Usted Shhh... —Y escuche...

9.
Bienaventurados los que oyen
aun después de taparse los oídos.

Bienaventurados y tristes, Juan —
tristísimos—,
pues ellos deben saber que no son
vanas
las palabras que se dicen “a oscuras y en
celada”
para redondear el silencio en el pabellón
de la oreja
y sepan además que la verdad
—la pura verdad— no puede decirse
nada que no pregone al oído
de los cuatro vientos su secreto:
“Sólo el silencio es grande”...

OFRENDA (Fragmentos)

... la mirada ida clavada en tu ausencia
—esclava de lo mismo que miraron
los héroes tristes en la melena de
Medusa
y Narciso en el estanque de su
hipnosis—
la mirada ausente que el vacío vació con
su cuchillo
la monda mirada hueca con que hoy
miramos
extrañados
la presencia ...

□
Este puñado de lluvia
que el viento ha echado contra el farol
del parque
también es polvo que vuelve al polvo.

□
El dolor más intenso no se emboza
no echa las cortinas no se humilla.
Deja en cambio en el cenit brillar su sol
limpio y claro como un rondó de Mozart.

No hay engaño entonces

ni hay reproche de las cosas.
Está desnudo el mundo y está abierto
para el mediodía del dolor...

□
Echo un balde de agua a las baldosas.
He oído que no hay sitio
que no tenga otro debajo
y que el agua siempre encuentra
la pendiente y se sumerge.
Que no sube
como el fuego.

Echo un balde de agua al suelo.
Busco una entrada.

□
Esta luz helada y blanca
que se unta al cielo y nos lo oculta
no quiere nada con el sol
ni nada con las sombras.
Pero algo quiere ...

No es neutra su claridad quizá
porque algo tiene que decirnos o
mostrarnos
sin concederle un punto de reposo a la
mirada
ni un nido al pensamiento.

Esta luz de invierno tras la lluvia
no quiere darnos todavía
la dulzura ámbar de la tarde
y la tibieza de su ocaso.
Quiere en cambio que miremos este día
con lucidez y frío.

□
No es nuestro este dolor: es del aire que
se encoge
de la luz que va a quebrarse como un
vidrio
de las ganas de la puerta de saltar del
quicio
del malvón que quisiera inflorece.

Es de éstos que no somos en nosotros
de estos cuerpos
sonámbulos del tacto entumecidos de
esos cuerpos
cuyos fantasmas somos.

□
... como si cada cosa fuese sólo
el desgarrón que ella misma dejó
al irse a pique su propia Atlántida ...

... cada cosa el tajo rojo
de un cerro desgajado
una herida reciente ...

... como si todas estas cosas
que tenemos en los ojos y en las manos
fuesen ruinas nada más de lo que fueron
cuando tú las sostenías en tus palmas
y en tu mirada todavía
eran claras y completas ...

□
Iba tras sus pasos.
Quería poner el pie de vuelta
sobre la huella del comienzo.
No porque creyera
que al llegar al punto de partida
acabaría el viaje
sino porque sabía
que sólo al cerrar el círculo
aparecería
en el centro
el centro.

□
... un cielo donde el alma
no se aleje tanto de los hombres
que deje de estar con ellos
donde no esté como ellos
pisando sólo la negra tierra
pero que tampoco esté sin ellos ...
un cielo donde el alma
pese y pesando levite:
ni todo tierra ni todo cielo ... uno
en que las almas floten
como en un río ...

un cielo de agua ...

□
Arrimo estas palabras a las otras
para que se sostengan mutuamente
como las varas en el vértice de un tipi.

Y porque sé que al escucharlas
abrirás dentro de ti ese lugar

en donde se adivina lo indecible.

□

Siempre a tres pasos de ella
como una ola que corre detrás de otra.
Entre los dos hay un valle en sombras.
Sólo el amor llena el hueco.

Parte 5: Historias y leyendas

EURÍNOME

Qué espacio abriste Señora
para tu danza de nube entre el cielo y el mar.
Qué aire para las evoluciones
con que trazaste sobre el negro abismo
todas las formas que después ha habido.
Y qué teatro también Señora
para tu inocencia sorprendida
pues no viste que a tu espalda
la estela de aire que tu baile iba dejando
cobraba fuerza poco a poco y ya era
un largo dragón una serpiente y sus volutas
los anillos con que al fin se enredaría
en tus muslos tu torso tu cintura.
Al detenerte y darte media vuelta
te golpeó de frente Ofión
el viento del norte
el fecundo Bóreas
y allí todo empezó
todo cuajó en el aire ... :
un gesto de tu mano es el Olimpo
tu cabellera ondulante el Istro el
Éufrates el Nilo
si es mediodía es que sonríes
si de noche es que te callas ...
Qué espacio de luz abriste
Señora en medio de la Noche
para tu danza de nube entre el cielo y el mar.

EL ALCIÓN

Para Juan Nicanor Pascoe Pierce

Duermen todos en cubierta. Todos
menos Mopso
que ha velado doce días en la sombra de
la noche
y repasa en silencio con la mano de ida y
vuelta
el barandal que va de las amuras a la
popa
esperando una señal.

No termina de rayar el alba de esta
noche tensa
cuando Mopso escucha el canto de un
alción
que se cierne —se suspende que se
queda
fijo como una estrella—
sobre el sueño de Jasón y su mesnada.

Pero un dios lo hace girar de pronto
y la estrella se derrumba en un vuelo
suave como una curva catenaria
y al fin se posa en una moldura de la
popa.

Lo mira Mopso ahí un momento.
Sabe que el alción —el martín pescador
hijo del viento— augura que habrá paz
en el cielo
y que el Argo podrá levar el ancla y
largar las velas.

Ignora en cambio de qué color es su
plumaje
—pues pasa por él en un instante todo el
iris—
y se pregunta si el mismo pájaro lo sabe.
Y si sabe además acaso
que un dios lo elige para que sirva de
palabra suya —esa
que Mopso escucha ahora con los ojos
un instante
antes de ir a despertar al capitán.

GREGORIO Y TRAJANO

En vez de que Trajano
arda eternamente en el infierno
como buen pagano que era
Gregorio tiene fiebre a diario.

En vez de que Trajano
trague plomo fundido en el averno
Gregorio no come sin sufrir reflujo
gastritis y acidez.

Si al emperador de Roma
ya no le disyunta el diablo
las coyunturas en el potro
es que dios le manda artritis a Gregorio
y una punzada en cada hueso al
caminar.

Si ya no abraza al César
la dama de hierro
y nadie le pone la cigüeña
ni le aprieta el cepo chino
es que el Papa sin cesar padece
fibromialgia calambres gota.

Todo esto eligió Gregorio mismo
cuando rogó a dios
que le ahorrara al buen emperador
tormento eterno:
“O eso —dijo el ángel—,
o dos días en el purgatorio”.

Pero un día en el purgatorio
es una eternidad.
¡Y dos ...!

Gregorio sufre pues
sus mil achaques cotidianos
y sus mil idiopatías
mientras Trajano vaga estupefacto
mirando los tormentos del infierno
sin apenas sentirse el cuerpo.

LA PESTE

Tres días con sus noches
estuvieron pasando sin parar por las
calzadas
los mexicas que salían de Tenochtitlan.

Sesenta y cinco días había durado el
sitio
que dejó la ciudad en ruinas y deshecha
envenenada de sal y podredumbre su
agua dulce
y cargado el aire de pestilencia y
miasmas.

Poco a poco se vaciaba la ciudad
como un río que se va extinguiendo
y en el último hilillo de agua
deja ahogándose un montón de
pececillos
que aún saltan que aún están saltando.
Pero también ellos se aquietan
como todo finalmente
y pronto no queda nada vivo.

A la buena de Tláloc
confió Cuauhtémoc la limpieza
de Tacuba Tlatelolco y Tenochtitlan
(Cortés —quizás— a la de San Isidro)
y “larga y repentina / cayó la lluvia
compasiva”
y limpió las plazas los canales y las
calles.

Pero la enfermedad siguió y siguió
como el salitre por los muros de las
casas
y alcanzó Oaxaca y Michoacán
con sus fiebres sus bubas sus viruelas
y siguió y siguió y siguió
por Tabasco y Campeche
y Yucatán y las Hibueras
sin cuidarse mucho de españoles:
iba sólo por los indios.

Esos mismos indios
que —dijo don Baltasar
Dorantes de Carranza—
“Se acaban de prisa [...]”
Con el solo aliento los acabamos”.

LA PESADILLA

(México, hacia 1612)

Es Jueves Santo y la ciudad de México
duerme y sueña que en San Lorenzo
—pueblo de negros cimarrones—
el viejo Yanga y su lugarteniente
Francisco de la Matosa
se rebelan contra la Iglesia
el rey y su Nueva España.

Hundido en su sueño
escucha el pueblo los gruñidos y el tropel
de una piara que cruza la ciudad
y cree que lo asalta el ejército rebelde.

A la mañana siguiente
para exorcizar el terror nocturno
la Audiencia manda ahorcar
veintinueve negros y cuatro negras
que después son desmembrados
y sus cabezas clavadas
en treintatrés escarpas.

La multitud que sigue
la ejecución en la plaza
parece aún dormida:
se agita sonámbula
como un mar borrascoso y ruge
con un gemido sordo y largo
que a todos llena de espanto
pero que a nadie despierta.

EL ALQUIMISTA

Para Lilly Heinz y Sandra Pani

No fue nunca el oro por el oro sino el oro
por lo que enseña a hacer a los brazos
los pensamientos y los ojos ...
Porque nos hacía templar una llama más
intensa ...

Ni la plata por la plata misma sino por ver
cómo recogía en su paño los polvos del
ocaso
sin adueñarse de él dejándolo esfumarse
en su horizonte ...
Oro y plata al principio porque eran
la luz del sol en el cenit y su reflejo
tendido en un estanque

el mundo material y el impalpable
la Obra y el Arte ...

La nobleza del metal para aprender de
bulto
que a fin de cuentas todo es ritmo :
el golpe del martillo sobre el yunque
los pasos en celada por la noche
la línea que se corta o se entrelaza
la oración el canto el impropio ...
que todo tiene su compás ...

Cosas elementales al principio sí...
Después
la urdimbre compleja en que se traman :
élitros vértebras quijadas el polvillo del
carbón
y las tensas nervaduras de la hoja
pero también la urdimbre de la otra
hoja :
esa que iluminan la luz del carboncillo
la tinta y la acuarela
las leves alas que hacen levitar a las
libélulas
y las alas con que vuelan las semillas de
la acacia
las espinas de flores y de peces
las vértebras que unen la columna el
tronco
—y su rama brazo mano hoja—
con el botón y la yema —la yema de los
dedos ...
el giro imperceptible del gozne que
articula
el cielo del cielo con el cielo del agua
la voz y la palabra y el sentido ...

Oro y plata al principio en fin para
aprender
que no existe una sola cosa
que no pueda ser metáfora de otra
y que no hay nada que palpite en el
tiempo sin cambiar
de forma de nombre de misterio ... sin
trasmutarse ...
Que todo es aprender a entrar a ritmo ...

ÚLTIMOS PENSAMIENTOS

Viajó por el mundo.
Asia, África y América.
Islas incontables e incontables
enjambres de mosquitos.

"Cuando uno cabalga sobre el mar
—decía— toda la tierra es poca:
una línea delgada en donde hay
pocos abrevaderos
pocos atracaderos.

Yo me monto a lomos de las aguas
y bebo sólo bruma y miro
hasta donde la vista alcanza ...
Yo nunca añoro la tierra."

Un grueso tomo de memorias
está secando aún el sepia de su tinta
en los estantes de su biblioteca.

Pero en su lecho de muerte

sólo recuerda (y aun anhela)
la neblina que vagaba al alba
por las calles de su infancia
un gajo de naranja en la boca al
mediodía
el olán de una cortina inquietado apenas
por una apenas brisa en un hotel de
Cuernavaca
y aquella esquina a pleno sol
donde esperó en vano a alguien que ha
olvidado
la voz de su madre llamándolo de lejos
el nombre de sus hijos (niña y niño)
aquel trago de ron de cada tarde
con los mismos tres amigos ya difuntos
la temperatura de su esposa
dormida entre las sábanas
y el odiado estribillo de una canción
mezquina
que siempre siempre (incluso ahora que
se muere)
le usurpa el pensamiento.

**Los audios en la voz de Francisco Segovia, la edición del texto y sus características
son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.**

**Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos
patrimoniales.**

Otros recursos sobre el autor

<https://descargacultura.unam.mx/autor/Segovia,%20Francisco>